

RESEÑA DEL LIBRO  
*PROGRESO Y DECLIVE. BREVE  
HISTORIA DE LA HUMANIDAD. UNA  
RECONSTRUCCIÓN AUSTRO-LIBERTARIA*  
de Hans-Hermann Hoppe  
(Unión Editorial, 2021, 184 págs.)

RICARDO ROMERO GARCÍA

El libro que tenemos intención de reseñar pertenece a la colección «La Antorcha» que publica Unión Editorial, pudiéndose encontrar en la misma colección títulos como *La Formación de la Teoría Económica Moderna* de Mark Skousen o *Liberalismo* de Pascal Salin, por poner un par de ejemplos.

Respecto al autor, Hans-Hermann Hoppe, podemos indicar que nació en septiembre de 1949 en Peine (Alemania). Que fue un estudiante con muchas inquietudes intelectuales como demostró cursando estudios en Filosofía, Sociología, Historia y Economía, doctorándose de la primera de ellas en el año 1974. Gran seguidor de Rothbard llegó a abandonar Alemania siguiendo sus pasos convirtiéndose en su estrecho colaborador hasta el final de los días de ‘Mr. Libertarian’. Señala Rockwell en el *Prefacio*, que, «como Murray, Hans es un estudioso de intereses casi universales. Él está completamente en casa tanto en antropología y sociología, así como en historia global, economía y filosofía» (p. 15).

Podemos reseñar que actualmente este filósofo libertario y economista de la Escuela Austriaca es profesor emérito de economía de la Universidad de Nevada, Las Vegas (UNLV), miembro distinguido del Instituto Mises, y fundador y presidente de *Property and Freedom Society* (PFS). Pudiendo subrayar entre sus obras, además de la que vamos a reseñar, *A Theory of Socialism and Capitalism* (1988) o *Democracy: The God That Failed* (2001), que se encuentra traducida al español y publicada por Unión Editorial, bajo el título *Monarquía, democracia y orden natural: una visión austriaca de la era americana* (2013).

Respecto al contenido del libro, en primera instancia hemos de subrayar que consiste en una versión revisionista de varios pasajes de la historia; en segundo lugar se ha de reseñar que tenemos la suerte de que en la edición en español se ha añadido un cuarto capítulo que no consta en la edición original, que consiste en la conferencia que impartió el autor en 2018 en el encuentro anual de la PFS y que tituló 'La búsqueda libertaria de una gran narrativa histórica', donde básicamente desmitifica la 'teoría whig de la historia' y desmonta el libro de Steven Pinker titulado *Los ángeles que llevamos dentro* (2011).

Respecto a los tres primeros capítulos, el propio autor en la «Introducción» de la obra nos hace un esbozo de lo que consiste cada uno de ellos, señalando al respecto, que en el primero de ellos explicará el origen de la propiedad privada, y especialmente de la tierra, de la familia y el hogar. En el segundo, profundizará en el origen de la Revolución Industrial y lo que supuso para el desarrollo de la humanidad. Y en el tercero incidirá en el origen y desarrollo del Estado. Sin más preámbulo, pasemos a reseñar alguno de los aspectos destacados de cada uno de los capítulos.

En el capítulo 1, titulado «Sobre el origen de la propiedad privada y la familia», el autor quiere comenzar su relato situándonos hace 50.000 años, que coincide con la aparición del hombre 'cazador-recolector', quien surgió gracias a un cambio genético que posibilitó la aparición del lenguaje. Gracias a ello, el conocimiento pudo ser trasladado a lugares remotos y tiempos dispares, lo que conllevó «una mejora radical en la capacidad del hombre de aprender e innovar» (p. 26).

El ser humano 'cazador-recolector' llevó una vida que Hoppe califica de 'parasitaria', en el sentido de que únicamente se dedicaba a consumir los bienes facilitados por la naturaleza. Con el fin de mantener el nivel de vida, el volumen de población debía permanecer bajo y limitado. Para intentar evitar problemas con la presión demográfica se recurrieron a todo tipo de decisiones (como inducir abortos o llegar a practicar infanticidios), toda medida fue en vano y la población siguió creciendo.

Ante tal tesitura se vieron obligados a optar entre alguna de las tres siguientes posibilidades,

- Luchar por los alimentos existentes,

- Emigrar a otras zonas,
- O recurrir a la invención para que un mayor volumen de población pudiera sobrevivir en el mismo espacio ocupado.

Ante la primera opción, donde todos combatían contra todos por los mismos recursos, el conflicto resultó ser inevitable e inerradicable, o como señaló Mises en *La Acción Humana*, ante esa tesitura los hombres resultaban ser «enemigos mortales unos de otros, rivales irreconciliables en sus esfuerzos por asegurar una porción del escaso suministro de medios de sustento proporcionados por la naturaleza».

En cuanto a la opción de emigrar, Hoppe indica que, el proceso se reproducía de forma recurrente, esto es, un grupo invadía algún territorio, la presión de la población aumentaba y una parte de esta se veía obligada a avanzar siguiendo el curso de los ríos, eludiendo los desiertos y montañas.

A medida que las distancias espaciales aumentaron, las diferencias genéticas se intensificaron, llegando a manifestarse en el color de la piel o la constitución física. Si bien el tamaño de la tierra es finito, llegó un punto en el que el factor de producción conocido como «tierra» se convirtió en un factor fijo, y todo aumento de población tenía que mantenerse en la misma porción de tierra, y dada la naturaleza 'parasitaria' de las sociedades de 'cazadores-recolectores', indica Hoppe, que cuando el número de personas excedía del tamaño que se consideraba apropiado, el nivel de vida promedio descendía, circunstancia que se encuentra explicada por la «ley económica de los rendimientos», (conocida popularmente como ley de los rendimientos decrecientes), que establece que, «para cualquier combinación de dos o más factores de producción existe una combinación óptima» (p. 47), produciéndose ante cualquier desviación de esta, una pérdida de eficiencia. Por tanto, si al factor tierra lo consideramos fijo, y la cantidad de población aumenta, se llegará a un punto en el que la producción se maximizará, pero todo aumento de población por encima del tamaño óptimo conducirá a un descenso del nivel de vida, produciéndose lo que Mises denominó «ley de población malthusiana».

Dado que en las sociedades de 'cazadores-recolectores' únicamente se consume lo que la naturaleza proporciona, todo incremento de la productividad se traduce en una reducción en el

tiempo necesario para regenerar los bienes consumidos, esto es, un desarrollo de instrumentos que faciliten la caza (como el invento del arco y la flecha, por ejemplo), conllevará una captura excesiva, que reducirá la tasa de reposición animal, incidiendo en el problema de alimentar a una mayor cantidad de población con menos recursos.

Fue gracias a una invención que data de hace unos 11.000 años, por medio de la cual pudo resolverse el problema de alimentar a una población creciente sin reducir el nivel de vida. Dicho hallazgo conllevó un cambio en el estilo de vida en el que se pasó de una forma de vida parasitaria a una vida genuinamente productiva, el referido cambio radical se denominó 'Revolución Neolítica' y consistió en «la transición de la producción de alimentos mediante la caza y la recolección a la producción de alimentos mediante la cría de plantas y animales» (p. 51).

El cambio de vida se manifestó en la aparición de dos innovaciones institucionales como son,

- La apropiación de la tierra como propiedad privada,
- El establecimiento de la familia y el hogar familiar.

Antes de comentar someramente cada una de ellas, cabe señalar que la propiedad privada existía con carácter previo, pero respecto a cosas de índole personal como la ropa, las herramientas o los adornos; por el contrario, si los bienes resultaban ser recompensa de algún esfuerzo conjunto (como la caza, o los frutos recolectados, por ejemplo), pasaban a ser considerados como bienes colectivos.

Ante lo que cabe preguntarse, ¿qué sucedía con el terreno donde se llevaban a la práctica las distintas actividades, era propiedad colectiva? Hoppe nos aclara que, en el mundo exterior, aquel en el que tienen lugar las acciones del hombre, nos podemos encontrar con dos categorías distintas de bienes,

- Los libres (aquellos que, si bien se encuentran en conexión con las necesidades humanas, no se pueden controlar y son considerados parte del medio ambiente, como la luz del sol, o la lluvia, por ejemplo)

- Y los económicos (siendo los requisitos para convertirse en bien económico los enunciados por Menger, que consisten en, primero, que exista una necesidad insatisfecha, segundo, que exista la percepción de que una cosa puede satisfacer esa necesidad, y tercero, que ese elemento capaz de satisfacer la necesidad sea susceptible de poder utilizarse deliberadamente). En palabras de Hoppe, «si una cosa se pone así en una conexión causal con una necesidad humana y esta cosa está bajo el control humano, se puede decir que [...] es propiedad privada o colectiva de alguien» (p. 53).

En suma, una vez que se interfería con el transcurso natural de los acontecimientos para producir unos efectos determinados se puede decir que se convertían en propietarios de los elementos, ya fuere de los arbustos al regarlos o cuidarlos, o de las manadas de animales al iniciar el pastoreo de estos. En cuanto a la tierra, Hoppe matiza que, «la tierra sólo se convirtió en propiedad una vez que los pastores dejaron de pastorear y se dedicaron a la cría de animales, es decir, una vez que trataron la tierra como un medio (escaso) para controlar el movimiento de animales controlando la tierra» (p. 56).

Establecida la apropiación de la tierra como propiedad, faltaba solucionar la circunstancia del persistente aumento de población, aspecto que se produjo con la instauración de la institución de la familia. Cabe señalar que una relación monógama y estable, asociada al término familia, en el cómputo de la historia de la humanidad se puede reseñar que es relativamente reciente, y que fue precedida por una institución mucho más longeva y duradera en la que las relaciones sexuales no estaban reguladas y cualquiera podía ser considerado potencialmente una pareja sexual.

Como consecuencia de ese 'amor libre' se producían un elevado número de embarazos y posteriores nacimientos, llegando el punto que los niños eran considerados de todos. Si bien es cierto, que un aumento de la descendencia facilitaba la supervivencia de los genes, también conlleva más bocas que alimentar. Resultando ser la solución al exceso de población, la privatización de la custodia de los niños, esto es, había que dejar de considerar a los niños como propiedad colectiva para que fueran sus progenitores los encargados de mantener a sus descendientes, con la consecuente formación de

las familias monógamas y hogares independientes, que además vinieron acompañadas de la aparición de propietarios privados de la tierra. Como Mises resumió magistralmente en su tratado sobre el *Socialismo*, de igual forma que «la propiedad privada de los medios de producción es el principio regulador que, dentro de la sociedad, equilibra los limitados medios de subsistencia a disposición de la sociedad [...] La ‘moderación moral’, las limitaciones de la descendencia impuestas por las posiciones sociales, reemplaza la lucha por la existencia».

Con la Revolución Neolítica, la forma de vida de los cazadores-recolectores prácticamente llegó a su fin. Recordemos que Hoppe iniciaba el primer capítulo, que ya terminamos, situándonos hace unos 50.000 años, donde se estima que la población humana global ascendía a cinco mil (5.000) o cincuenta mil (50.000) personas. Que al inicio de la ‘Revolución Neolítica’, que se fija hace cosa de unos 11.000 años, la población ya rondaba los cuatro (4) millones de personas, y al inicio de la era cristiana ascendía a ciento setenta (170) millones de personas, llegando en torno al año 1800, que es dónde se fija el inicio de la ‘Revolución Industrial’, a la cifra de setecientos veinte (720) millones de personas, llegando hoy día a superar la astronómica cifra de siete mil (7.000) millones de personas, y sin más dilación pasemos a ver a qué se debe ese crecimiento exponencial de la población.

En el capítulo 2, titulado «De la trampa maltusiana a la revolución industrial: reflexiones sobre la evolución social», Hoppe comienza indicando las tres formas que existen según la teoría económica para aumentar la riqueza, que son,

- Por medio de la acumulación de capital,
- Mediante la división del trabajo,
- Y, por medio del control de la población (p. 77).

Respecto a la primera cabe señalar que, un aumento de los bienes de producción conllevará una mayor producción futura, pero su elaboración implicará dos sacrificios, requerirá un ahorro previo, y acarreará el transcurso de un periodo de tiempo, (Hoppe pone el ejemplo de la diferencia que supone construir una red para pescar, si bien es cierto que le llevará un tiempo hacerse con el

material y fabricarla, *a posteriori*, el número de peces que obtendrá con el uso de la red será mucho mayor). Sabemos que una sociedad es más rica cuanto más capitalizada está, esto es, cuando disfruta de un mayor número de bienes de capital; pero tener un número de bienes de capital está muy relacionado con la preferencia temporal de los actores, esto es, a una menor preferencia temporal, que implica una inferior dificultad para retrasar la recompensa hacia el futuro, mayor será el número de bienes de capital que se acumularán con el consecuente aumento del nivel de vida.

En cuanto a la división del trabajo, dadas las diferencias entre los seres humanos (ya sean naturales, físicas o mentales), si cada uno se especializa en lo que es mejor (o menos malo), la producción total de bienes se verá incrementada. Recordemos al respecto el famoso ejemplo de la fábrica de alfileres.

En cuanto al control de la población, cabe señalar que se encuentra muy relacionado tanto con la 'ley de los rendimientos' como con la 'ley de población de Malthus', y ya sabemos que la Revolución Neolítica supuso una solución, aunque temporal, al problema del exceso de población. Si bien es cierto que gracias a la invención tanto de la agricultura como de la ganadería se pudo mantener una mayor cantidad de personas en el mundo, hasta la venida de la Revolución Industrial, el ser humano no consiguió escapar de la trampa malthusiana.

Hasta más o menos el año 1800, pocas diferencias había entre las economías de los seres humanos, y el resto de los seres vivos, en el sentido de que, ante un aumento de la especie, los medios de subsistencia disponibles pudieren llegar a ser insuficientes para el mantenimiento de todo su género. Con la llegada de la Revolución Industrial, se demostró que para los seres humanos esto no tenía por qué ser así, si bien es cierto, que, para los animales y las plantas, siempre se producirá.

¿Y qué diferencia sustancial se produjo con la llegada de la Revolución Industrial para que el ser humano consiguiera salir de la 'trampa malthusiana'?

En la respuesta a esta pregunta está una de las mayores contribuciones de Hoppe en el presente libro, porque diverge de la respuesta estándar ofrecida por economistas de la talla de Mises o Rothbard, quienes señalan que la salida de la 'trampa malthusiana'

se debió producir debido a la retirada de impedimentos institucionales que imposibilitaban una protección suficiente de los derechos de propiedad.

Hoppe, por su parte, señala que la idea de la propiedad privada y su protección se encontraba arraigada en la sociedad casi desde los inicios de la vida sedentaria. Por tanto, debía ser alguna otra la causa que revolucionó el paso del ser humano sobre la faz de la tierra, siendo esta, según Hoppe, el desarrollo de la inteligencia humana. Si bien Hoppe reconoce que desde el comienzo de la Revolución Neolítica hasta el año 1800 existieron auténticos sabios, «la tasa de progreso tecnológico nunca fue suficiente para permitir el crecimiento de la población *combinado* con el aumento de los ingresos per cápita [...] Durante la mayor parte de la historia de la humanidad, el ahorro se vio frenado por la falta de ideas sobre cómo invertirlo productivamente» (p. 91-92). Trae a colación Hoppe, siguiendo con el ejemplo de la red para pescar, que no es suficiente con ahorrar y tener una preferencia temporal baja, también hay que concebir la idea de la red y ser capaz de construirla.

La teoría de la evolución social presentada por Hoppe, consistente en la ausencia de un nivel de inteligencia promedio suficientemente alto, que no se produjo hasta cerca del año 1800, pretende explicar el motivo por el que se demoró dejar atrás la 'trampa malthusiana', y es que como señala el propio autor, «la humanidad simplemente no era lo suficientemente inteligente como para lograr aumentos de productividad que podría superar continuamente el crecimiento de la población» (p. 103).

Una de las consecuencias del desarrollo económico fue el crecimiento constante de un Estado parasitario, tema que Hoppe aborda en el siguiente capítulo que pasamos a ver a continuación.

En el capítulo 3, titulado «De la aristocracia a la monarquía y de la monarquía a la democracia», vamos a ver de la mano de Hoppe, el porqué de los estados y la deriva de estos.

Si existen conflictos entre los seres humanos, como nos recuerda Hoppe, su origen es siempre el mismo, la escasez de bienes. O como él mismo recoge, «dada la condición humana permanente de escasez, los conflictos interpersonales son una parte ineludible de la vida humana y una amenaza constante para la paz» (p. 109).

Hoppe propone para resolver esas disputas erigirse él mismo como juez supremo en todos los conflictos, incluso en los que está involucrado, propuesta que él mismo califica como ‘ridícula’, bien, pues esto es exactamente lo que sucede en la realidad,

«El Estado es el juez supremo en todos los casos de conflicto. No hay apelación más allá de sus veredictos. Si entra en conflicto con el Estado, con sus agentes, es el Estado y sus agentes los que deciden quién tiene razón y quién no. El Estado tiene derecho a cobrarle impuestos. Por lo tanto, es el Estado quien toma la decisión sobre la cantidad de propiedad que se le permite conservar, es decir, su propiedad es solo propiedad ‘fiduciaria’. Y el Estado puede hacer leyes, legislar, es decir, toda tu vida está a merced del Estado. Incluso puede ordenar que lo maten, no en defensa de su propia vida y propiedad, sino en defensa del Estado o lo que el Estado considere ‘defensa’ de sus ‘propiedad estatal’» (p. 111).

Esta institución descrita en la cita transcrita no surgió de la noche a la mañana, y mucho menos con tan inmenso poder, sino que su desarrollo se fue gestando a lo largo de siglos. Siguiendo a Hoppe, vamos a ver tres etapas diferentes en su desarrollo, que a diferencia de lo que comúnmente se acepta, que su evolución es fruto del progreso, Hoppe demuestra con su visión revisionista, que las diferentes derivas son fruto de «una historia de locura y decadencia progresiva» (p. 112),

- Un orden social aristocrático natural,
- Los reyes, primero absolutistas y luego constitucionales,
- Y finalmente las democracias.

Ya hemos señalado anteriormente que en todas las sociedades se producen conflictos, y también es cierto que en cada grupo unos pocos adquieren siempre el estatus de élite natural, ya sea por sabiduría, riqueza, valentía o cualquier otra circunstancia, siendo normalmente a estas personas a los que se recurría en caso de necesidad de resolver los conflictos, pero no parece muy juicioso que también se les otorgara la facultad de hacer leyes. Si bien es

cierto que esa facultad no debería estar en poder de nadie, puesto que las leyes no se crean, sino que se descubren, o así debería ser.

Este orden natural de carácter aristocrático se experimentó durante la desprestigiada Edad Media europea, periodo que podemos caracterizar siguiendo a Hoppe, por las siguientes particularidades,

«Los señores y reyes feudales sólo podían ‘cobrar impuestos’ con el consentimiento de los gravados, y en su propia tierra, cada hombre libre era tanto [*sic*] soberano [...] como el rey feudal era en la suya. Sin consentimiento, la tributación se consideró embargo, es decir, expropiación ilegal. El rey estaba por debajo y subordinado a la ley. [...]. Esta ley fue considerada antigua y eterna. Las ‘nuevas’ leyes se rechazaban habitualmente por no ser leyes en absoluto. La única función del rey medieval era la de aplicar y proteger la ‘buena ley antigua’. La idea de la realeza por derecho de nacimiento estuvo ausente durante los primeros tiempos medievales. Para convertirse en rey se requería el consentimiento de quienes elegían, y cada miembro [...] era libre de resistir al rey si consideraba que sus acciones eran ilegales. En ese caso, la gente era libre de abandonar al rey y buscar uno nuevo» (p. 117).

Hoppe señala que el denostado régimen, si bien contaba con ciertas deficiencias (como la institución de la servidumbre, por ejemplo), podía haberse perfeccionado, pero en lugar de ello el monarca se convirtió en absoluto, se monopolizó la función de juez supremo en la figura del rey, dándole la potestad para hacer leyes, y gravar la propiedad de sus súbditos. Y por si no fuera suficiente, ahora además podría trasladar los costes de la guerra, con lo que los intentos de agresión a pueblos colindantes, a efectos de aumentar el territorio y la población bajo su tutela se incrementaron.

El rey a efectos de consolidar su poder absoluto buscó el apoyo de los intelectuales que inventaron el mito de que el poder del rey procedía de algún acuerdo contractual con sus súbditos, con lo que la monarquía absoluta del rey se transformó en una monarquía constitucional, y la elaboración de la carta magna sirvió para formalizar el poder del soberano, y es que, «la constitución no era algo que protegiera al pueblo del rey, pero protegía al rey del pueblo» (p. 122).

Pero aún quedaba un paso más en el camino hacia el precipicio, la transición de la monarquía a la democracia. Es cierto que, sustituyendo la monarquía por la democracia, al desaparecer los privilegiados, se cumplía con el principio de igualdad ante la ley, pero en democracia existen privilegios funcionales como los que disfrutaban los agentes del Estado.

Una de las grandes diferencias entre la monarquía y la democracia es la percepción temporal del gobernante, esto es, el rey como señala Hoppe, «se preocupará por las repercusiones de sus acciones en los valores del capital» (p. 125), y eso se debe a que el rey se considera dueño del reino y estará orientado al futuro. Por el contrario, el gobernante democrático no tiene esa percepción de pertenencia, sino que sabe que su poder es temporal y transitorio, de ahí que no se preocupe tanto por las consecuencias del futuro.

Otra característica de la democracia es la falacia de creer que «nadie es gobernado por nadie, sino que todos se gobiernan a sí mismos» (p. 126), lo que conlleva que la resistencia de los ciudadanos frente al poder confiscatorio que ejercen los gobiernos sea endeble, y es que resulta como decía Bastiat que, «bajo la democracia el Estado se convierte en la gran ficción mediante la cual todos buscan vivir a costa de todos los demás».

Hoppe reconoce que la democracia crea una casta constituida por los presidentes, primeros ministros y diferentes líderes políticos, si bien el autor puntualiza que la verdadera élite del poder es la que conforman los plutócratas, que son aquellos multimillonarios que utilizan la infraestructura del Estado para incrementar aún más si cabe su riqueza, ya sea por medio de subvenciones, concesiones administrativas o por legislación *ad hoc*, sin necesidad alguna de saltar ellos a la palestra.

Termina el autor el capítulo señalando que, a diferencia de lo que comúnmente se cree, el establecimiento de un monopolio territorial para la toma de últimas decisiones, más que un logro de la raza humana es más bien, un paso más hacia el abismo. Subrayando que, la constitución de estados territorialmente más pequeños provocaría un aumento de la competencia política, lo que a su vez fomentaría la reducción de explotación estatal, pudiendo llegar el caso de que la sociedad reconociera nuevamente y de forma voluntaria a los miembros que constituyen la élite natural.

Y en el capítulo 4 y último, titulado «La búsqueda libertaria de una gran narrativa histórica», y que consiste, como decíamos al inicio de la presente reseña en la transcripción de la conferencia impartida por Hoppe en la PFS en el año 2018, que inicia reconociendo a Hayek como uno de los principales intelectuales del siglo xx dada su vasta obra interdisciplinar, a pesar de no considerarse ‘hayekiano’ como es sabido por todos los seguidores de la Escuela Austriaca.

Hoppe, a continuación, pasa a alabar la recopilación de ensayos recogidos por Hayek y otros en el libro titulado *El capitalismo y los historiadores*, publicado en español por Unión Editorial actualmente en su tercera edición, libro en el que se desmonta el mito de que fue el capitalismo el responsable de la miseria económica acaecida durante la época de la Revolución Industrial. Y es que como dice Hoppe, «el capitalismo no causó miseria, sino que literalmente salvó vidas de muchos millones de personas frente a la muerte por hambre y gradualmente los sacó de su estado previo de abyecta pobreza» (p. 144).

Otro de los temas que abordó Hoppe fue el desmitificar la ‘teoría whig de la historia’, que consistente en hacer creer por parte de la casta dirigente que vivimos en el mejor de los tiempos y que, obviamente, gracias a ellos así seguirá siendo.

Para ello, Hoppe indica que lo primero que habrá que hacer será definir un modelo de perfección social que se adecúe a la naturaleza humana, en el que subraya que el ideal de protección social sería encontrar la paz dentro de un marco estable de propiedad privada, que básicamente es el que prescriben los diez mandamientos, especialmente los seis últimos que, en palabras de Hoppe, «muestra[n] un espíritu profundamente libertario» (p. 149).

Recalca el autor que el periodo conocido como Edad Media europea, que abarca prácticamente un milenio, si bien no es ni mucho menos perfecto, en opinión de Hoppe, es el más cercano ideal de perfección social que hemos experimentado, en el que «ninguna autoridad era absoluta y ninguna persona o grupo tenía un monopolio sobre su puesto o nivel de autoridad» (p. 155).

Dedicando Hoppe la última parte de su conferencia a desmontar el libro de Steven Pinker titulado *Los ángeles que llevamos dentro* (2011), en el que el afamado profesor de Harvard intenta dar un nuevo impulso a la teoría whig de la historia, y si bien Hoppe no

duda de su gran éxito comercial, le achaca entre otras cosas, que su referencia sea la 'violencia', cuando define al progreso social como la reducción de esta; o que identifique al Estado como la fuerza esencial del proceso de civilización, cuando la realidad es la contraria, que el proceso civilizador se produce a pesar de la existencia del aparato opresor que en todo momento constituye el ente conocido como Estado.